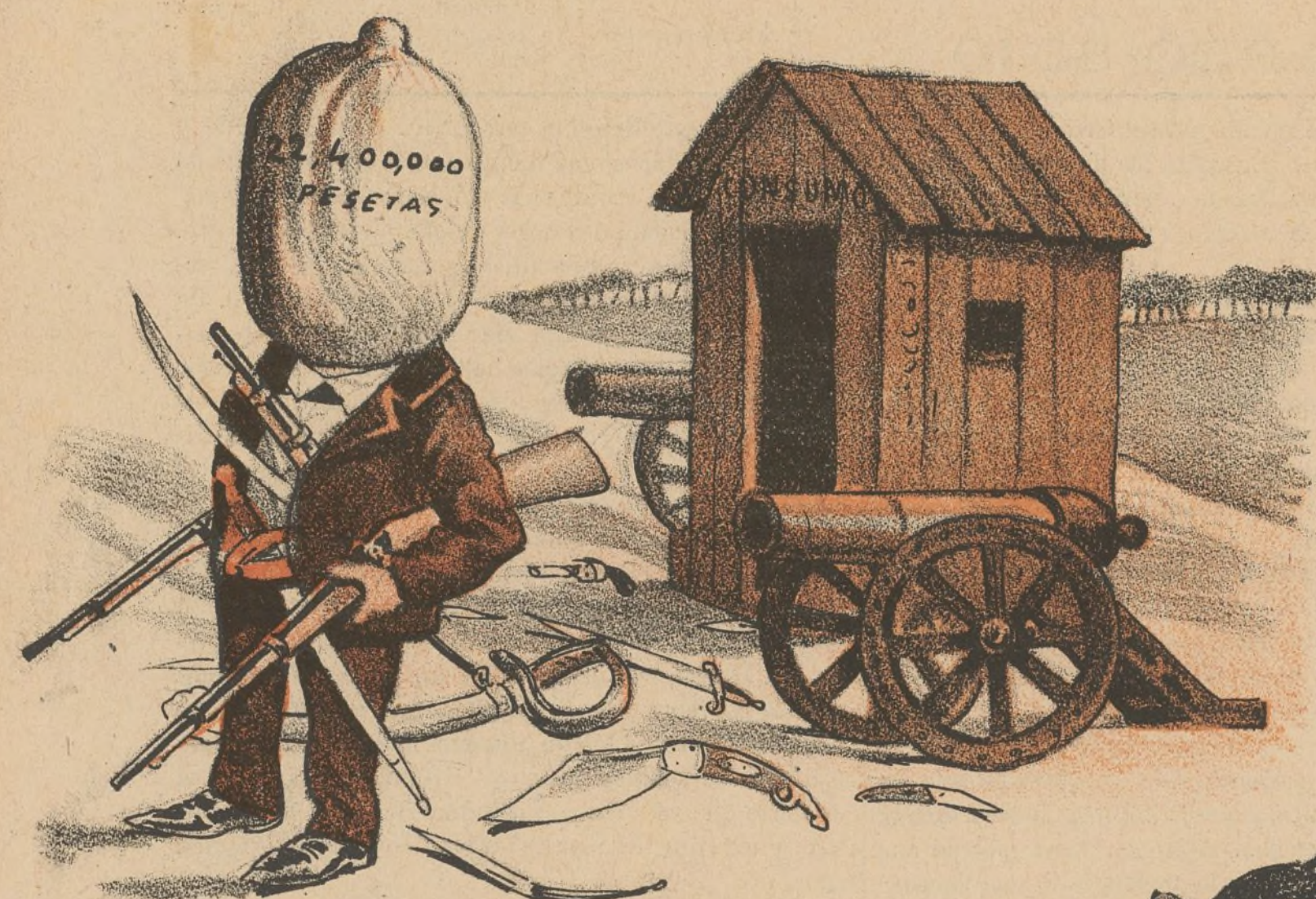


¡Ya está aquí!



Preparándose á entrar en funciones.



¿Se alquilará?

LA POLÍTICA EN CUBA



¡Buen chaparrón!

DOQUIJOTE



«Derramemos una lágrima á la memoria de aquel que fué nuestro amigo, y luego marchémonos á comer.»



¡Al higuí! ¡Al higuí!
Con la mano no,
con la boca sí.

LA SOLUCIÓN DE LA CRISIS



¡El primer número de «La Dictadura»!



¡Mater dolorosa!

Ayuntamiento de Madrid

II

«Madre del alma mía: Con honda pena
tu cariñosa carta besé mil veces:
y comprendo al sentirte de miedo llena,
cuánto padeces.

Mas... no temás la patria que cual yo adoras
estrechará de nuevo los dulces lazos
de nuestro amor, y el hijo que tanto lloras
irá á tus brazos.

Como tú, madre mía, también yo velo;
y aunque de ti alejado, nunca te olvido,
¡porque mi amor es ave de rauda vuelo
que vuelve al nido!

Y en medio de estas luchas de la manigua
que nos hacen á todos vivir sin calma,
tu cariño en mi pecho no se amortigua,
madre del alma.

Crece al ver que, sintiendo mis desventuras
—que no llegan á tantas como supones—
por mi rezas, y suben á las alturas
tus oraciones.

Y al pensar que mi sangre correr pudiera
y al suponer que puedo perder la vida,
¡muera yo y que se salve nuestra bandera,
jamás vencida!

Mas... perdona á mi mente que desvaría,
de nuestro amor rompiendo los fuertes lazos;
que en cuanto la bandera de rebeldía
rueda ante nuestras plantas hecha pedazos
¡yo iré á tus brazos, madre del alma mía!
¡yo iré á tus brazos!

CARLOS MIRANDA.

LA CARTA DEL GENERAL

Babía 19 Agosto 1897.

Queridísimo Fabié: Me preguntas qué línea de conducta debes seguir para no perder la presidencia del Consejo de Estado, y yo no sé qué aconsejarte, porque deseo ir solo por la vida, y ya sabes que soy incapaz de imponerme á nadie, ni siquiera á Nido y Segalerva.

Fui á Madrid porque Navarro me ofreció llevarme gratis; en el camino me enteré por un guarda agujas que Azcárraga había sido nombrado Presidente interino, y me alegré infinito porque ya sabes que me gusta mucho que me den con la badila en los nudillos.

Yo estaba separado de Cánovas desde que me relevó del mando de la isla de Cuba, pero reconozco que era un hombre eminente, aunque rodeado de Romero.

Siempre he trabajado por la unión de los conservadores, pero mis trabajos han resultado tan estériles como el convenio del Zanjón; Cánovas no aceptaba á Silvela sino á condición de que *soportase* á Gálvez Holguín y demás Concha Alcaldes.

Ahora creí que debía intentarla (hablo de la unión) pero he resultado chasqueado una vez más, y he tenido que marcharme de Madrid sin que me pague el viaje Navarro.

Pues bien, Antonio María, yo te digo que si la conciliación no se hace, me vuelvo á mis carneros, es decir, á mis silvelistas, y que serviré á D. Francisco, no como subordinado, ¡eso no! sino como auxiliar, con el haber que por clasificación me corresponda.

Si el Gobierno se empeña en seguir la política del quiero y no puedo, es decir, si no releva á Weyler y me manda á Cuba, deben venir inmediatamente los liberales.

Muerto Cánovas, no hay cabeza en el partido conservador; no hay más que Castellanos.

Repito, aunque hablo mal de ellos, que continúan siendo mis amigos queridísimos Tetuán y Azcárraga... pero me marchó con Silvela.

Quedas, pues, en libertad de hacer lo que quieras para conservar esa presidencia que debes á mi amistad; enséñale esta carta á Polavieja y á Nido, pues para ellos no tengo secretos, pero te prohíbo que la hagas pública en *La Correspondencia* ni en ningún otro periódico.

Tuyo y de Silvela.—Arsénico.

QUISICOSAS

Murió el músico mayor
de una banda, y al instante
que espiró, todos los músicos,
lo mismo chicos que grandes,
se disputaban la plaza,
porque era muy envidiable.
Pero al ver que aquellos músicos
ó mejor dicho, danzantes,
no se ponían de acuerdo
para cubrir la vacante,
dijo el pueblo: ¡Que se vayan
con la música á otra parte!

—Me encuentro desesperado.
—¿Desesperado? ¿Por qué?
—Porque de los que encumbré,
muchos me han abandonado.
—¿Por eso se desespera?
No es propio de un español.
Tal vez salga un nuevo sol...
—¿Y saldrá por Antequera?

VICENTE RUBIO.

LA INMORALIDAD EN CUBA

EL CONTRABANDO EN LAS ADUANAS

No inspiran desde la manigua Máximo Gómez y consortes los actos de ese intendente que sufre y padece hoy la isla de Cuba.

Seguramente no son los insurrectos los colaboradores de la *Gaceta de la Habana*; pero si «el árbol se conoce por sus frutos», como afirmó Jesús, los asuntos de Hacienda que en el periódico oficial aparecen insertos, de tal modo favorecen la causa de los enemigos de España y con eficacia y fuerza tal ataca los ingresos del Tesoro insular, que solo obra de implacable filibustero parecen.

De tal suerte y con tal habilidad ha logrado conducirse Faboaga, que las aduanas de Santiago de Cuba, Matanzas, Cienfuegos, Cárdenas, Sagua y otras constituyen, no ya portillo por donde libremente pasa el contrabando, sino puerta real para que sea más cómodo y fácil el alijo. No son estas las únicas aduanas contrabandistas de la isla, aunque si seguramente donde el delito se comete con mayor cinismo y sin importarle á aquellos empleados un ardite cubrirlo con apariencias de legalidad.

En las demás se contrabandea, eso sí; pero queda todavía algún pudor. Faboaga no ha logrado aún concluir con éste. Pero todo se andará.

Las artes de que se valen para sus amañes son tan añejas y simples, que hasta los más rudos cargadores del muelle las conocen.

Se mandan al consignatario las facturas dobles, una de ellas en blanco; hay por casualidad tropiezo, se llena la factura y se manifiesta la verdad, pagando por la totalidad de lo introducido; no lo hay, como es lo frecuente, se paga por la factura manipulada por los empleados chanchulleros, y á otra y ¡viva el patrón! Además, como todo está previsto, no pueden temer los defraudadores el celo de los funcionarios celosos de sus deberes. Faboaga tuvo buen cuidado de apagar sus entusiasmos, haciendo que ingresasen en el Tesoro de la isla la parte proporcional que les correspondía por clasificación en las multas impuestas á los importadores de mala fe.

Y no sabemos que haya ingresado un solo centavo en el Tesoro de la isla por este concepto desde la publicación del decreto de Faboaga, de que hablamos en uno de nuestros últimos números.

Y mientras tanto el señor ministro de Ultramar tan tranquilo.

¡Oh, poder de la inconsciencia!

LANZADAS

En Bilbao han luchado á garrochazo limpio los picadores *el Chano* y *el Agujetas*.

Ese sistema de pelear no es nuevo.

Hace muchos años que lo vienen empleando *el Romero* y *el Silvela*.

Martínez Campos lee:

«Un telegrama que el *Daily News* ha recibido de Tabris, anuncia que las tribus kurdas han invadido el distrito persa de Salmas.»

—¡Voto á cien mil legiones de Morlesines! Sino fuera porque tengo que arreglar este desventurado país, ya estaba yo en Salmas al frente de esos bravos. ¡Yo entre kurdas estoy en mi elemento!

Ya tienen ustedes á Canalejas haciéndole la rosca nuevamente á Sagasta.

El otro día se fué á Avila, y colocándose frente á la casa en que habita D. Práxedes, templó la mandolina y cantó:

«A la Habana me voy
te lo vengo á decir...»

Ahora veremos lo que le contesta D. Práxedes.

Nocedal va á reunir á sus parciales.

Mal tiempo elije.

Se van agostando los campos y es difícil hallar ni una brizna de yerba.

Hace dos días ó tres
llegó á Burgos Castelar,
y al preguntarle un amigo
qué le agradaba allí más,
exclamó:—¡Ay! el cimborrio
que tiene la catedral.

¡Ay con sal, con sal,
ay con sal, salero!

«Han sido colocadas en el vestíbulo del palacio de Lourizán las cuatro estatuas que, como testimonio de gratitud al Sr. Montero Ríos por su campaña en contra del monopolio de la sal, le ofrecieron las provincias gallegas.»

Suponemos lo que representarán esas cuatro estatuas.

La Moral, la Consecuencia, la Gratitud y la Honradez.

¡Qué disenteria de declaraciones les ha entrado á nuestros hombres políticos!

Todo pelagato fusionista ó conservador se cree con derecho á manifestar sus opiniones respecto de la actual situación política.

Hasta Comas se permite declararse ante el país.

Se conoce que ya se le ha dashinchado el carrillo.

LA HUELGA

De todas las calles de la colonia aflúan grupos, deslizándose lentos y silenciosos en la penumbra de la mañana. El capataz les estrechaba la mano á medida que se acercaban, cambiaba con ellos frases y signos, y luego quedábase absorto, apoyado en el pretil del puente, con la vista inmóvil sobre el camino de la ciudad, apenas iluminado por la primera luz del día.abase el cielo sonrosando, y tras de las altas cimas se columbraba rojizo resplandor, que lentamente se escurria hasta el valle con dorada suavidad. En la plaza aumentaban los grupos, sentados sobre las anchas piezas de hierro ó paseándose entre las dos calles principales; y al par que avanzaba el sol sobre el horizonte, surgía de la muchedumbre un clamor de hambre, de ira, pesando en el aire con ondulaciones sordas, que repercutían en los cercanos riscos como un hálito de borrasca. Se agitaban los obreros nerviosamente, hablando en alta voz, convulsa la faz y amenazadora la mano, encarándose ante el cielo con un sublime signo de preguntas, y crecía el rumor, poderoso y arrogante, llenando la colonia de un ruido siniestro, precursor de sangrienta batalla.

En la fábrica sonó el esquilon, que llamaba al trabajo, y á su agudo tañir se produjo silencio de estepa. Miráronse unos á otros los obreros, grabada en el rostro una obsesión brutal, y nadie se movió. Cuando cesó de tocar la campana, reanudáronse las conversaciones, más tenaces y vehementes, con un mismo aspecto de protesta.

Una matrona alta y forzuda, despeinado el cabello y encendida la faz, hablaba con los obreros, ó dijérase que predicaba: tan exaltado era el tono de su voz y de tan briosos ademanes se valía, señalando repetidas veces con su nervuda mano el camino de la ciudad, que ahora doraba el sol, envolviéndola en resplandor de fuego. Entre los últimos álamos se distinguía un conjunto de caseríos altos y lustrosos, erizados de chimeneas, torres y cúpulas elegantes, sobre los cuales flotaba atmósfera obscura, pesada... verdadero aliento de capital. La matrona andaba de grupo en grupo como un profeta, radiante de cólera, empujando á la muchedumbre con el gesto, la voz y la mirada hacia la resplandeciente lejanía... Era preciso llegar allí... En los obreros se notó la sugestión de la mujer, inspirándoles odio y valor, y hubo un instante en que toda la masa sufrió un movimiento de espasmo, violento é igual, adelantándose valientemente fuera de la colonia. La matrona, de pie sobre las piezas de hierro, mostraba extendido el brazo en dirección del camino, y su cara, contraída con trágico gesto, tenía algo de sobrehumana... «Allí, allí» decían sus ojos, fijos sobre la turba. Todos avanzaron, impelidos por un impulso de desesperación. La hembra empezó á gritar súbitamente: «¡Hijo mío! ¿Dónde estás?... ¡Mi hijo, mi pequeño!...» Buscándole con la vista, cuando los obreros habían pasado, haciendo retumbar el camino bajo sus plantas, encontróle pisoteado, agonizante... Y lanzóse demudada sobre él, cubriéndole de besos y lágrimas, sin poder hablar, mientras la horda de esclavos corría pujante y devastadora, en busca de su redención, á la ciudad dorada, que aún dormía bajo el cálido cielo...

J. MENÉNDEZ AGUSTY.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.